

LO VERDADERO Y FALSO EN LAS NOTICIAS

Gerardo Estrada R.

Vivimos en una época marcada por la sobreabundancia de información y, paradójicamente, por la dificultad para distinguir entre lo verdadero y lo falso. La proliferación de *fake news* en la prensa, las redes sociales y otros medios de comunicación, ha vuelto imprescindible el ejercicio de una mirada crítica frente a los discursos que consumimos a diario.

Determinar la veracidad de una noticia no es una tarea sencilla, la solución más evidente sería confrontar una misma información en diversos medios, provenientes de fuentes distintas y con trayectorias reconocidas. Sin embargo, esta estrategia tropieza con una realidad incómoda: muchos medios responden a intereses particulares, económicos, políticos o ideológicos, que condicionan su manera de informar. Incluso cuando se recurre a medios extranjeros, las barreras lingüísticas y las diferencias de contexto cultural y nacional no garantizan una mayor objetividad.

Durante buena parte del siglo XX, algunos medios lograron construir una reputación basada en cierta autonomía editorial. No obstante, en años recientes esta independencia se ha visto erosionada por la transformación de los intereses que los sostienen. En México, por ejemplo, el tránsito hacia la democracia convirtió a numerosos medios—incluidos aquellos de carácter colectivo, como cooperativas o sindicatos— en actores directos de la contienda política, diluyendo su pretendida neutralidad.

En la medida en que los medios y los grupos sociales adquieren una identidad política definida, dejan de ser simples observadores para convertirse en participantes activos del debate público. Esto no es necesariamente negativo, pero obliga al lector a reconocer que toda información se produce desde una posición específica.

Ante este panorama, la responsabilidad recae finalmente en el individuo. Informarse deja de ser un acto pasivo para convertirse en un ejercicio de selección, contraste y reflexión. Construir una opinión propia exige reunir la mayor cantidad posible de información y ponerla en diálogo con la experiencia personal y el sentido crítico.

Conviene prestar atención a detalles que suelen pasar inadvertidos: la cercanía del testigo con los hechos, ¿se trata de un testigo directo o indirecto?; su papel en los acontecimientos, ¿habla desde la experiencia, la casualidad o la conveniencia? y, sus posibles intereses y su trayectoria previa; ¿cuenta con prestigio y antecedentes verificables en el tema?

En tiempos de desinformación masiva, distinguir lo falso de lo verdadero no es solo una habilidad deseable, sino una responsabilidad cívica. De ello depende, en buena medida, la calidad de nuestra vida pública y la solidez de nuestras decisiones como ciudadanos.